

Orar en tiempo de refundación

Jesús M. Sariego, SJ.

..."Salgamos donde Él, fuera del campamento, cargando con su oprobio; que no tenemos aquí ciudad permanente, pues andamos buscando la del futuro" (Hebreos, 13, 13).

"En una noche oscura, con ansias en amores inflamada,... salí sin ser notada, estando ya mi casa sosegada"

(Juan de la Cruz, Subida al Monte Carmelo)

Muchos creyentes latinoamericanos vivimos en los últimos años tiempos de hondas transformaciones. La vida consagrada, lúcida para formular sus estados de conciencia, ha bautizado esta nueva era como tiempo de "refundación". Pero el fenómeno rebasa a la vida religiosa. La vieja ciudad en la que habitaba nuestra fe hace dos o tres décadas, se ha resquebrajado. El derrumbe puede deberse a que muchos de los cimientos sobre los que parecían edificadas nuestras certezas, hoy ya no permanecen adosados con firmeza al suelo de lo posible y han sido aterrados por huracanes que aún desconciertan a algunos. O porque las paredes donde se nos apoyaban las solidaridades se vinieron abajo derrumbadas por los aires de un nuevo individualismo que tiene mucho de supervivencia. O tal vez porque tejados y techumbres desde los que nos asomábamos a mirar al cielo de las utopías, resultaron obsoletos

para vislumbrar el futuro que nos espera y ya ni siquiera pueden cobijarnos en el presente.

Probablemente en el caso de Centroamérica, el elevado grado de desencanto se deba a la conjunción de las tres causas. Ubicados en una esquina insignificante de la gran aldea global, no hemos podido evadirnos de la posición marginal que nos asigna la redistribución de los intereses de los mercados neoliberales. Rotas viejas solidaridades internacionales, nuestros pueblos han visto esfumarse los grandes sueños de liberaciones económicas y sociopolíticas con las que muchos imaginaron el futuro en los años 70 y 80 y se encuentran con la triste realidad de una pobreza, ahora sin alternativa estructural, que nos equipara con tantos otros países pobres del Sur. Hemos dejado de ser Meca de periodistas o atractivo de cientistas sociales alternativos, o esperanza de nuevos modelos políticos. Es verdad que hemos conquistado el silencio de las armas, pero se trata de una paz llena de desigualdades económicas, desocupación, inseguridad ciudadana, emigración, liderazgo muchas veces corrupto, proyectos alternativos con la fragilidad del corto plazo y un vacío político poco entusiasmante.

La vida eclesial, nunca ajena a los devenires históricos, no ha podido escaparse de la tormenta. Aunque, por gracia de Dios, no ha perdido la cercanía a los pobres, muchas de sus instituciones han perdido perspectiva de futuro en sus formulaciones y en su praxis. La época de los grandes pronunciamientos y de los liderazgos creativos parece haber pasado. El protagonismo de sus sectores de base es más tenue y hasta la reflexión teológica otrora construida en el auge de la teología de la liberación busca nuevos parámetros con que responder a las preguntas de hoy. El reclutamiento en los Seminarios, en la vida religiosa y en otros semilleros de liderazgo se ha vuelto más modesto.

Como desde hace tiempo mística e historia caminan de la mano en nuestro continente, al interior de las conciencias, son muchos los que hoy reformulan sus estilos de espiritualidad y sus modos de encontrarse con Dios. Ya no parece funcionar tanto aquella espiritualidad que se alimentó por años desde la necesidad de responder a las urgencias históricas, desde el tipo de protagonismo eclesial que vivíamos. Aquella era hora de tareas proféticas. Y ciertamente la historia de esos años no se podrá escribir con honestidad sin que el nombre de la Iglesia aparezca quede reseñada en letras mayúsculas. Pero para algunos

aquella mística edificada desde la profecía resulta anacrónica para hoy. Como a los esplendorosos días de los profetas bíblicos, sucedieron los más grisáceos de los sabios de Israel con su mensaje lleno de refranes, consideraciones sapienciales y dilucidaciones más filosóficas que históricas sobre el sentido de la vida humana, el creyente de hoy, hasta por fidelidad a los profetas, parece llamado a una nueva “sabiduría”.

Quedan dos alternativas. Una es vivir rememorando una y mil veces el heroísmo del pasado martirial o poner la mano en el arado y la vista adelante. En el primer caso, podremos quedar petrificados en un poste de sal que ya no da sabor, como la mujer de Lot (Gen 19,26) o, simplemente pasaremos los días sentados llorando a las orillas de los ríos de Babilonia con la cítaras colgadas sin poder cantar en tierra extraña (Sal 137). La otra, consiste en aceptar que las cosas han cambiado y asumir el reto de esta etapa de “refundación”, que nos invita a un vivir desde un nuevo talante y realimentar las relaciones con Quien sostiene y alimenta nuestra fe sabiendo que, como afirma Pablo, hoy como entonces, también somos capaces de orar pero el Espíritu acude en ayuda de nuestra debilidad (Rom 8,26).

Estas páginas sólo pretenden ser un humilde aporte en esa búsqueda de nuevos modos de vivir y permanecer en esa relación personal con Dios insustituible en todo creyente. Tienen la osadía de sugerir directrices para una tarea que, por definición, sólo puede ser mistagogía personal. ¡Atrevida osadía!... El mismo Juan de la Cruz ha dedicado treinta largos párrafos en la *Llama de amor viva* a prevenir a los orantes contra el peligro de la directividad de los acompañantes espirituales. Aquí sólo se pretende poner al lector en la pista de su propio e insustituible itinerario. Para unos evocarán la posibilidad de dicho encuentro; para otros invitarán a permanecer en él, lo que no siempre es fácil en estos tiempos. En todo caso, en el tema de la oración, sólo se puede conducir a otro hasta las puertas de un encuentro misterioso y retirarse, porque el camino personal es irrepetible.

La vida en el Espíritu es, antes que nada, vida. Ello quiere decir que, como todo lo vital, atraviesa etapas. Nace, crece, se desarrolla y a veces, —¿por qué negarlo?—, se sumerge en cierta desaparición. Todos tenemos experiencia de esa “intermitencia” que nos ha ido configurando como orantes en el transcurso de los años. ¡Ojalá que se

trate de esas muertes que anuncian una nueva vida en la relación con Dios!. Y es que la oración ocurre dentro del ámbito misterioso de la fe a la que, siendo regalo gratuito de Dios, le es connatural esa permanente búsqueda de presencia... Atreverse a formular los retos de esta vida en el momento presente es tener la osadía de una coherente sensatez, aunque ésta nos lleve a salir de viejas ciudades en las que vivíamos asegurados.

1. “Cella est coelum”

“*Cella es coelum*”, la celda es el cielo. Así rezaba un viejo aforismo de los monjes del desierto, ellos también tentados muchas veces de dispersión. No eran pocos los que preferían acudir al trabajo exterior o a la visita de sus colegas repartidos por las abandonadas riberas del Nilo. El propio San Benito quiso instituir en su Regla como sagrada norma de vida, el voto de estabilidad para así defender los monasterios de la tentación “giróvaga” a la que muchos de ellos vivían expuestos, tras la difusión de los monjes predicadores itinerantes que pulularon por toda la Alta Edad Media en Oriente y Occidente.

La estabilidad de la que aquí hablamos no es sedentarismo que esconde una “fuga mundi” cobarde, sino una capacidad de encuentro con la historia desde uno mismo, de diálogo desde el propio interior y desde la presencia de Dios en él. Años atrás, la demandas de la historia nos movilizaron hacia los retos de la historia, pero la verdad es que, con la sabiduría que da la distancia, hoy podemos decir, que en aquellos días no siempre profecía y contemplación caminaron de la mano. Caídos los muros de las convicciones utópicas, muchas pertenencias y compromisos se vinieron abajo...

Hoy vivimos asediados de múltiples demandas que amenazan nuestra capacidad de soledad. Es tanto lo provisorio que nos rodea que nuestra capacidad de elaboración interior de algo estable y más permanente enmudece. La multiplicación del efecto de las nuevas tecnologías nos invita a sumergirnos en el torbellino sin fin de la informática hasta diluirmos en una selva de pequeños saberes. No es rara la tentación de esclavizarnos hacia nuevas adicciones y conducirnos hasta la despersonalización. Hoy es más lenta la adquisición de valores y criterios propios que el acceso a los muchos datos sobre la realidad.

Por si esto fuera poco, la ausencia de horizontes utópicos estables nos invita a una permanente vida andariega en pos de soluciones alternativas de corta duración ante los grandes problemas del nuevo siglo. Pudiera ser incluso que ya hayamos renunciado a nuestra condición de peregrinos y el desencanto nos haya visitado. Son muchos los que llevan en su alma el vacío de los ideales por los que sacrificaron ilusiones y muchas veces con nombres y apellidos de hermanos perdidos en los combates de la historia. Y en un contexto así podemos yacer en una melancolía llena de parálisis como la de la piscina de Betesda (Jn 4), que nos vacíe de significado.

Existen mil formas de llenar espiritualmente el vacío de orfandad en que nos ha dejado la caída de sólidas cosmovisiones con las que mediábamos la interacción social o soñábamos en transformaciones socio-políticas. No es raro percibir un cierto tedio ante el silencio y el aislamiento que en algunos casos se convierte en dispersión y en otros llega hasta la angustia. Unos llenan el silencio con el deseo de novedad ante lo exótico u oriental o la ahistoricidad del New Age; otros prefieren bucear sin fin en una navegación de los saberes a través la intrincada tela de araña de la cibernética y no son raros los que prefieren perderse en el mundo de las relaciones para acallar una cierta sensación de miedo al encuentro solitario con su propia realidad.

Los espacios oracionales también viven amenazados por doquier. Para unos la solución transitoria consiste en llenar el silencio con fórmulas de plegarias nunca personalizadas en las que el encuentro con Dios se desdibuja en formalidades establecidas. Hay quienes, arropados tras los humos de espesos incienso, ocultan en la grandiosidad de aparatosas liturgias la dificultad de acudir a un ineludible encuentro personal con Dios. Y, —¿cómo negarlo?—, son demasiado frecuentes entre nosotros los casos de quienes desde depresiones casi crónicas en la madurez de su vida se asoman al vacío del sin sentido de la vida humana cuando ésta se desprovee de horizonte. Lo más común es toparse con aquellos en los que, por demasiado presupuesta, la relación con Dios va perdiendo explicitación al paso de los días hasta endurecerse su capacidad de encuentro y convertirse en intrascendente y repetitivo su discurso sobre Dios.

Para que el agitado vaivén de sentimientos y pensamientos que nos rodean adquieran orden y significado, —*modo y orden*—, se

necesita un encuentro personal del que no pueden dispensarnos las demandas que provienen de fuera de nosotros. No son tiempos de “orar en las sinagogas y en las esquinas de las plazas bien plantados, sino de entrar en el aposento y, cerrada la puerta, encontrar al Padre” (Mt 6). Sólo quien es capaz de favorecer una adecuada amistad consigo mismo, podrá establecerla con los otros y será gestor de la propia historia. Quien no interioriza lo que le rodea, suele ser engullido por el torbellino de la acción inmediata y, por no madurada, ésta muchas veces se diluirá en ineficaz. No puede haber avance humano en permanente estado de agitación. El crecimiento de la fe ocurre desde la capacidad personal de encontrar la verdad sobre uno mismo y sobre lo que le rodea. Sólo así la verdad deja de ser temida y se hace compañera y capaz de producir el crecimiento de una persona. El hábito de interiorización personal y la capacidad de éxtasis ante el mundo interior que tanto las religiones orientales como la moderna psicología nos han enseñado, podrán ser algunos de los útiles para emprender un viaje de regreso al interior de cada uno de nosotros “en busca del tiempo perdido”.

2. Orar desde los límites

Muchos manuales sobre la oración comienzan describiendo las posturas corporales más convenientes para poder entrar en el proceso de la oración. La vieja ascética recomendaba crear ambientes de silencio, buscar un lugar aislado y concentrar los ojos en lo alto para poder vislumbrar la presencia de Dios. Los comentarios más postmodernos prefieren incluir ejercicios respiratorios o de autoconciencia desde lo físico con el fin de conquistar la serenidad interior muchas veces agitada del orante. Las técnicas de Yoga, Zen, Bioenergética y otras orientaciones se disputan su utilidad a la hora de lograr poner en calma al agitado orante.

Un maestro en el Espíritu, sabio por viejo, repetía el adagio: *“La oración, cuanto más sincera y sencilla, mejor”*. Y en ese sentido, cualquiera que sea la postura corporal más adecuada, en el alma, parece preferible no “adoptar posturas”. Es preferible la postura con la que se vive a otra pose, porque la encarnación nos ha enseñado que los signos de los cielos brotan desde la tierra. Lo mejor será construir la plegaria desde la postura que traemos, o mejor la postura “que somos”.

A veces tocará orar desde la ilusión ante la positividad de la vida que nos ocupa; a veces, desde el vacío de los desgastes prosaicos del día a día; otras desde el desconcierto ante las decisiones adecuadas que hemos de tomar o el desencanto ante lo que nos rodea. ¿Qué más da?... Lo importante es saberse “poner” ante Dios sin falsedad, y “*e/ Padre que ve en lo secreto, nos recompensará*” con la verdad de nuestra vida. La experiencia ilustra que muchas oraciones nacen tan sobrecargadas de deseos idealistas, que ya están condenadas a la vaciedad porque “la composición de lugar” con la que comenzaron era idílica, a-histórica o llena de palabrería vacía. El Dios que Jesús anunció a la Samaritana no desea encerrarse en el muro de los Lamentos ni elevarse a las alturas del Garizim; prefiere ser encontrado “*en espíritu y verdad*” (Jn 4,23).

He ahí uno de los retos más complejos del orante: descubrir cómo está él mismo ante Dios. Más tarde tocará escuchar cómo está Dios ante uno. Pero la primera cuestión, la pregunta generadora consiste en descubrir mi postura existencial desde la que acudo al encuentro. Uno necesita ser mirado por Dios desde la honda realidad en que vive, muchas veces aún no formulada por el mismo orante. ¿De qué combates vitales vengo?. ¿Con qué límites me encuentro en mi vida apostólica, relacional o personal?. ¿Qué sentimientos me invaden en este tiempo?. Atreverse a presentarse desde la verdad es tanto como saber orar con humildad desde los límites. Límites que muchas veces nos conducen al espejismo de creer que no somos siquiera dignos de ser encontrados por Dios y su Palabra. Y sin embargo, la experiencia muestra que ningún otro “humus” es más adecuado para que esta Palabra pueda fructificar en verdad.

Pablo encontró a Jesús ciego y puesto en tierra en el camino de Damasco, Francisco de Asís en el vacío de la desnudez, e Ignacio en la imposibilidad de poder moverse. Jesús oró al Padre postrado ante la incapacidad de evitar su muerte. El propio Juan de la Cruz en la canción 4 de su *Cántico Espiritual* no duda en afirmar que primero encontramos a Dios en nuestra condición pecadora, después en la bondad de las criaturas y sólo en último término en Él mismo. Nuestros límites son el mejor prólogo de toda plegaria. El obstáculo es justamente lo contrario, nuestra autosuficiencia, la seguridad en nosotros mismos, la no dependencia de otro. El mismo dolor es síntoma de nuestra

dependencia e insuficiencia. En sí, el dolor no lleva a Dios, pero ayuda a eliminar el gran obstáculo: nuestra autosuficiencia. El dolor nos recuerda nuestra insuficiencia y dependencia, nuestra necesidad de abrimos a Dios.

Ignacio insiste mucho en la conveniencia de entrar en la oración preguntándose por el “*a dónde voy y a qué*” (EE 131, 206). Tal vez sea bueno añadir a esto la necesidad de ubicarse en el “*desde dónde y desde qué vengo*” a la oración. Mirar el camino a recorrer, desde el ya recorrido. Así abonaré adecuadamente la tierra en la que espero que la semilla pueda producir hasta el ciento por uno; si no, el encuentro no calará en lo hondo de mi persona.

Por esto, conviene aclarar que la oración no es el “ring” al que subirse para entablar diariamente un denodado y agotador combate contra nuestros defectos, concediéndole al Espíritu el honroso papel de réferi. No se trata de convertir el encuentro en un ansioso ejercicio en búsqueda de “la perfección de las virtudes” al modo que enseñaba cierta ascética clásica. La oración no es tintorería a la que acudir para quitar las muchas manchas que afean nuestra débil naturaleza humana. Nos pueden confundir las metáforas que abundan en la Escritura en las que se identifica la vida cristiana con un combate pugilístico. Jesús nos enseña a saber encontrarnos con el Padre “*sin ensalzarnos*” (Lc 18,14), poniéndonos, como el publicano, en la distancia a la que nos invita nuestra fragilidad, pero sabedores de que somos escuchados por Dios.

La postmodernidad, amante de la autoayuda, insiste mucho en una ascética profana formulada, -eso sí,- con tintes terapéuticos. El punto de partida, por lo demás muy cierto, es que más allá de la idoneidad de las diversas escuelas psicológicas, el principal motor del cambio personal es el propio deseo de superar de los obstáculos psicológicos. Pero utilizados como base de la oración personal, muchos de los métodos de auto-terapia pueden hacernos caer en espejismos. La autoterapia no es relacional y el avance es mucho más lento de lo esperado. Normalmente el proceso de autoconocimiento es mucho más rápido que el de cambio. Los procesos de cambio, si han de ser hondos y estables, serán de larga duración. Y en todo caso, muchos de ellos necesitan el aporte de mecanismos externos a nosotros mismos.

Si la oración no es la cancha de perfeccionistas, mucho menos, es espejo de narcisistas o escaparate para exhibir ante Dios el elenco

engreído de virtudes propias, peligro sobre el que el mismo Jesús nos ha advertido. Si lo hacemos, no saldremos justificados del Templo (Lc 18, 14). No es el tiempo para grandes discursos y, menos, laudatorios. Ni tampoco es la oración el momento indicado para encararse con los altos ideales morales que nos desbordan y, a la larga, nos frustran. Hay que asumirse como criatura limitada, y, —he ahí el atrevimiento—, inmensamente amada. Como el Hijo pródigo, ahorrémonos ante Dios los largos discursos justificatorios y dejémonos poner el anillo para reconstruir nuestras alianzas de siempre (Lc 15, 22). Definitivamente la oración no es el territorio de la moralidad; ésa se nos dará por añadidura. Desde la gracia podremos descubrir las desgracias, muchas veces inconscientes, que esconde nuestra vida y desde las que nos alejamos de la verdad. La oración es el lugar del encuentro con la verdad, la única que puede hacernos libres.

Juan de la Cruz ha escrito hermosas páginas acerca de la purificación del alma como preámbulo de la vida de todo orante. Distingue él dos tipos de purificación: la primera, que considera más secundaria, la que se describe en la *Subida al Monte Carmelo*, y la otra, la definitiva, la purificación pasiva realizada por Dios mismo que atrae al alma a su encuentro. Sólo desde esta segunda es posible la verdadera conversión.

En la vida del Espíritu muchas veces nos puede rondar el viejo sueño de Ícaro: querer llegar hasta el sol olvidando que nuestras alas son de cera. El calor del encuentro con la verdad derrite nuestras ambiciosas ilusiones y caemos precipitados sobre el suelo de nuestra realidad, la única de la que deberíamos haber partido. Es preferible mirarse con honestidad y reconocer nuestra fragilidad antes de emprender aventuras místicas. La verdadera escala de Jacob nos conducirá hasta Dios si parte del suelo, porque “*el que se humilla, será ensalzado*” (Lc 14,11). El otro camino, el de las devociones ascendentes, suele conducirnos a fabricar falsas imágenes de Dios.

Por todo ello, ningún preámbulo más adecuado para el encuentro con Dios que la sabiduría que nos puede ofrecer un cierto autoconocimiento por somero que éste sea. Descendiendo hasta lo hondo de nuestras pasiones, vacíos, compulsiones y asiéndonos con fuerza a lo mejor de nuestras capacidades, sabremos realmente quiénes somos y así entenderemos la lógica de las presencias de Dios y seremos menos sorprendidos por la tentación y el vacío de las noches oscuras

que en la vida de oración nos esperan. No en vano Santa Teresa ha afirmado al hablar de las moradas primeras, en su *Castillo interior* que no podemos llegar a un conocimiento hondo de Dios si al mismo tiempo no llegamos a una conciencia profunda de quiénes somos realmente.

3. La historia es teofánica

Nuestros límites son el adecuado punto de partida para orar. Pero ¿dónde está el punto de llegada?. ¿Hacia dónde caminar? ¿Dónde volver la mirada al orar? ¿Cómo nutrir el encuentro con Dios para que no se convierta en efímero o vacío?. ¿Dónde poder encontrar al Dios que desea hablar con nosotros?.

Si algo sorprende en la oración de Jesús no es sólo su frecuencia e intensidad, sino la relación que ella guarda con la realidad de su vida. Según Heb 10, 5, Jesús ora “al entrar en este mundo” y según y en el instante de morir (Lc 23,46). Pero también lo hace al iniciar su vida apostólica (Lc 4), antes de elegir a sus discípulos (Lc 6,12), al proclamar la Eucaristía (Jn 6,15), al entrar en la pasión (Mt 26,36) Jesús ora solo, en la montaña, en el desierto, “muy de madrugada” (Mc 1,35), durante la noche, delante de sus discípulos y en la soledad. Fue a orar, -dice Lucas-, “*como era su costumbre*”. No hay momento que sea importante en la vida de Jesús que no esté atravesado por la plegaria.

Y es que para Jesús no hay dos historias que corren paralelas: la de la vida y la de la oración. Ambas aparecen atravesadas por la misma conciencia de la proximidad del Padre (Mt 11, 27). Más aún, una y otra se entrecruzan porque en Jesús ambas son una sola: la vida vivida como presencia de Dios. La historia misma es entendida como una dialogada con el Padre pues la historia y la persona caminan hacia ese encuentro con el Padre.

Acción y oración, contemplación y profecía se unen en Jesús como en ese flash simbólico de la escena de la Transfiguración. Allí Jesús resplandece en la totalidad de su ser presidiendo la absoluta unidad entre la valiente profecía del liberador de Israel (Moisés) y el apasionamiento por el encuentro místico con Yahvé (Elías). Ubicado en el centro y mirando desde la altura el camino a recorrer hasta el conflicto de Jerusalén, Jesús nos enseña a emprender unificadamente los caminos conflictivos de la historia.

Sin duda muchas de las utopías que forjaron nuestra espiritualidad años atrás se edificaban sobre una sobrevaloración de lo comunitario, lo popular y lo colectivo. La espiritualidad heredó mucho de esa cultura. A la conciencia de la postmodernidad le debemos el redescubrimiento de valor de lo personal e individual. Hoy el peligro consiste en lo opuesto: la atención desproporcionada a lo personal y lo biográfico. En nuestro contexto latinoamericano muchas veces este giro “copernicano” se explica por la sensación de frustración desde la que las generaciones actuales miran los proyectos del pasado. Una mezcla de tedio y fracaso, formulado muchas veces con tonos de realismo. No será raro que muchos de estos rasgos se transmitan a las vivencias y prácticas espirituales.

El Dios del que Jesús nos habla es el que no se mira a sí mismo, sino que mira el dolor del pueblo, la confusión y diversidad (Ex 3,7). Es un Dios que sale de sí mismo, está en permanente éxodo hacia lo humano, como explicaba la teología clásica al hablar de las “procesiones de la Trinidad”. Jesús mismo no rehuye bajar desde el Tabor e ir hasta Jerusalén para enfrentarse con los conflictos de la historia, a pesar de la seguridad y protección que disfrutaba en Betania donde acaba de gritar a Lázaro “*¡Sal fuera!*” (Jn 11, 43). En el camino, iba a la cabeza, delante de sus discípulos como dice Lucas, (Lc 19, 28).

Por eso, oración no es replegarse, sino salir a ese encuentro con la historia, donde Dios se nos muestra, más allá de nuestra propia biografía. El Dios bíblico ha hablado en la historia con la creación, con las señales portentosas del Éxodo, en el Sinaí como en las llanuras de la tierra prometida, a través de profetas, reyes.... y hasta por boca de la burra de Balaam (Núm 22)... La vida misma es teofánica y en ella hay que saber distinguir entre los ruidos de la historia aquellos que son auténticas llamadas, -“mociones”,- de Dios a nuestra conciencia. Moción dice algo relacionado con mover. Algo así como esas cortinas construidas como con cuentas de rosario o esos adornos orientales ubicados cerca de puertas y ventanas que al ser movidos por el aire emiten sonidos metálicos duraderos. Unos mueven a otros y producen un conjunto armonioso, agradable y continuado que rompe con la monotonía de nuestro interior hasta penetrarlo “como gota de agua que entra en una esponja” “[EE 335]. La historia está llena de sonidos de Dios. El arte de orar consiste en saber distinguirlos y diferenciarlos con precisión. Así el alma sacudida con el viento del Espíritu es invitada a

emprender nuevos proyectos desde Dios. Con la experiencia, el orante va aprendiendo a distinguir los sonidos de Dios en la polifonía de los sonidos interiores que oye en la vida.

Muchos aprendices de orantes topan gran dificultad en buscar el tema ("los puntos") sobre los que orientar su oración. Algunos fueron educados a buscarlos en los intrincados párrafos de viejos manuales de contemplación que releen una y otra vez. Otros prefieren sustituir el encuentro con la erudición en textos teológicos o comentarios bíblicos. Y no falta quien prefiera sustituir su hondo deseo de orar por la simple práctica de "rezar" oraciones aprendidas. Todo ayuda en la vida del Espíritu, pero la oración a la que Jesús nos invita es aquella en la que la historia que cada uno vivimos, —y la que vive nuestro mundo, por supuesto—, adquieren carta de ciudadanía y llegan a convertirse en plegaria.

Sólo así podremos llegar a ser contemplativos en la vida. Y sólo así la oración nos cambiará. Porque la medida última de la oración no será solamente el análisis del estado interior que me produce el tiempo de oración. Muchos principiantes pone ahí el énfasis de su evaluación. Pero esto no es lo más importante. La última medida de la verdad consiste en ver en qué medida la oración me transforma a mí y me ayuda a cambiar el mundo que me rodea. La verificación del encuentro será el cambio, aunque este ocurra muchas veces "con dolor y temblor". La oración cambia paulatinamente la vida del orante; si no, será droga evasiva o tranquilizante adormecedor. Quien ora se encuentra con la voluntad de Dios para emprender un modo nuevo de vida y va asumiendo ese proyecto con generosidad.

4. La Meditación que nos unifica

Tres son las principales formas en que se expresa frecuentemente la vida de oración. Desde lo más simple hasta lo complejo el camino iría desde la meditación a la contemplación y concluiría con el discernimiento.

La primera forma de orar sería *meditar*. En esta forma de orar, el encuentro con Dios es primariamente mediado poniendo en juego nuestras más elementales formas de acercamiento a lo trascendente, "las tres potencias" de las que hablaba la ascética tradicional. *La memoria* que recuerda y reaviva el pasado, *el pensamiento* que,

iluminado por la Palabra, sopesa y valora y *la voluntad* que, movida hacia algún tipo de conversión, diseña nuevas rutas en el camino de los proyectos personales de vida. San Benito consagró un tipo de meditación que nacía al calor de la lectura meditada de la Escritura. El Oficio divino es otro de los modos de vivir una oración de meditación vocal, ésta sí, proclamada por la Iglesia universal. En otros casos, la meditación se concentra en palabras o fórmulas oracionales que, -como en las repetitivas jaculatorias de los koans budistas y mantras hindúes,- se cargan de especial sentido para el orante. En todo caso, desde las palabras, ideas o lecturas accedemos a un encuentro personal con Dios a través de un diálogo que palabras e ideas tratan de preparar.

Ignacio, Teresa de Jesús y Juan de la Cruz unánimemente consideran la meditación como la oración de los inicios en la vida en el Espíritu. Este tipo de oración en el fondo trata de responder a una primera inquietud acerca de la novedad de Dios para mi vida. Vibra desde lo que es más propio de la naturaleza humana, el conocer. Conocer desde la Palabra revelada o su interpretación desde la Iglesia. Conocer, no por erudición ni por investigación, sino por interés y para el seguimiento. Porque finalmente sólo se puede amar lo que en verdad se conoce.

Como hijos de una civilización que nos sumerge cada día más en la rapidez, la ansiedad, la búsqueda de la eficacia e inmediatez, el deseo del consumo y hasta cierta hostilidad hacia lo religioso, no es raro que podamos perder una cierta capacidad de cercanía con la trascendencia. Nuestras imágenes de Dios a veces cargadas de lejanía, se hacen aún más distantes en la ciudad postmoderna. La larga historia de nuestras culpabilidades aumentan a veces esa misma distancia hacia un Dios al que consideramos lejano de nuestras incoherencias.

Y por todo ello, meditar se convertirá en el camino adecuado para unificar nuestra existencia en las raíces mismas de la fe que recibimos y para encontrar en nuestro interior al hijo amado del Padre que cada uno somos. Porque la fragmentación de nuestra cultura nos exige un polo desde el que poder integrar el pasado que somos (la memoria), el discurso con el que afrontamos el presente (la inteligencia) y el proyecto que pretendemos diseñar (la voluntad). Sólo podrá meditar quien se sienta capaz de reconocer una Presencia que me desplaza del centro de mi vida y me invita a sumergirme en el misterio.

Movidos por una cierta sospecha hacia el contenido reflexivo de este tipo de oración, hoy muchos dudan de la capacidad transformante de este tipo de oración. Para algunos, este modo de orar tarde o temprano se convierte únicamente en un monólogo desde la propia subjetividad o desde el aparato ideológico del orante. Hemos quedado demasiado inoculados de modelos ideológicos como para no preguntarnos cómo no recaer en la oración en el peligro de un ensimismamiento vacío desde las ideas.

Una vez más, el camino para evitar el fracaso requiere dos condiciones. La primera, comenzar por el dato objetivo de los eventos cruciales en la historia personal, social o en la historia de la salvación. La auténtica meditación no parte del ensueño de la fantasía sino de la realidad misma revelada, escuchada y revivida. Toda la clave de este modo de orar reside en la apertura ante el dato objetivo del Dios que es comunicación (Jn 1,1) y desea comunicársenos. Para ello será imprescindible asegurar una apertura personal a esta clave de entender la vida personal, la historia que vivimos y el horizonte de significado último de nuestra existencia. He aquí el regalo de la fe que no consiste en creer en lo que no vemos, sino en releer lo que vemos desde Dios "más interno a nosotros que nuestra propia intimidad y superior a todos nuestros ideales", que decía Agustín.

Con Dios sólo es posible el diálogo desde la apertura personal de la fe. El lleva siempre la iniciativa y no siempre nosotros entendemos su palabra. Como el joven Samuel aprenderemos a entender la voz de Dios a través de los sonidos de la historia. Con Samuel hemos de decir "*Habla Señor que tu siervo escucha*", (1 Sam 3, 10). No se trata de perderse en el mundo platónico de las ideas, sino de leer los datos más reales de nuestra vida, esperando que el Señor fecunde aquellas que nos rodean e ilumine nuestro entendimiento con otras nuevas. A Él le corresponde la iniciativa. La actitud cristiana ante el encuentro con Dios en la oración es la gratuidad. Si lo que nos mueve a orar es la conciencia del deber, eso bloqueará la fluidez de la relación y la convertirá en formalista.

La segunda clave del éxito de la meditación reside en la capacidad de leer la historia propia y salvífica desde Dios, *delante de Dios*. Ignacio habla de "poner delante de mí a dónde voy y *delante de quién*" (EE 131). He ahí el segundo matiz de la meditación: la oración es

una lectura de la historia desde la relacionalidad, en clave de cercanía. No se trata de una reflexión profana sobre la historia o simplemente una lectura desde uno mismo (mi conciencia, mi ley o mis ideales) sino de un a lectura iluminada por la presencia gratuita de Dios que es Señor de la historia y de mi propia biografía.

Sin meditación, la mística del seguimiento corre el peligro de convertirse en repetición sin significado, imitación mimética o fanatismo fundamentalista. Sin meditación nuestra fe pierde lucidez y por eso iniciativa hoy que tanto necesitamos de la creatividad personal y eclesial. En un mundo secularizado en el que la interpretación de la vida desde la fe pierde relevancia, no podremos vivir la novedad de la fe si en nuestro interior no podemos dar razón de nuestra esperanza (1 Pe 3,15). Sin “ponderar y sopesar” adecuadamente las vivencias centrales de nuestra fe, las demandas institucionales en las que vivimos insertos ahogarán nuestra creatividad en puro inmediateismo. Nuestro compromiso personal y eclesial caminarán desde el puro voluntarismo, carentes de un horizonte preciso desde el que poder tener lógica o significado. O el testimonio de la novedad del Evangelio “perderá su sabor”. La meditación nos fundamenta de modo estable en la verdad de nuestro último sentido descubierto al calor del encuentro con la Verdad, que nos hace hijos siempre amados por el Padre Dios. Orar “en el nombre del Padre”, es, en buena medida, meditar. Si la meditación es la oración de los principiantes, su utilidad es precisamente el poner principio, base sólida a un compromiso que se construye desde la relación personal con el Padre.

5. Contemplar para purificarnos

La contemplación no es contemplación platónica ni abstracción. En general es una oración más del afecto, del corazón. Huye del discurso o del auto-análisis. La dificultad de la contemplación reside justamente en su sencillez; es un modo de orar naif, ingenuo, como infantil, y, aparentemente, inofensivo. Es la mayor herencia franciscana en la historia de la espiritualidad. A diferencia de la meditación, diseñada para los inicios, la contemplación supone una mayor atención a lo exterior, una mayor salida de mí mismo e interés por la observación de Jesús.

En el fondo todos llevamos un poco de aquellas herejías cristológicas que condenaron los primeros Concilios de la Iglesia. Todas ellas, marcadas por el cuño de la filosofía platónica, tenían en común la negación de la humanidad plena de Jesús. Muchas veces el Jesús al que oramos carece de rostro o expresión y no habla. El pueblo sencillo nos enseña a orar desde la contemplación: ¿cómo imaginar una capilla sin la imagen del patrono o de la Virgen o un vía crucis sin una cruz o una procesión sin una imagen?. Los estudiosos han construido a veces un Dios que es un Algo, mientras que el pueblo sencillo nos educa para creer en Alguien, purificándonos de ídolos sobre Jesús.

Sigamos el camino que Ignacio diseña en su segunda semana de los Ejercicios. Una vez más, el auténtico punto de partida de este tipo de oración será reconstruir la historia de lo que contemplo a partir de los datos bíblicos. A diferencia de la meditación, no será la historia que me afecta o inmediata a mí, sino la historia de Jesús a quien deseo contemplar. No se trata de inventarla, sino de venir a lo ocurrido. Algo así como aquella práctica de "revitalización" de los monjes budistas tibetanos que acostumbran a pasar durante un largo tiempo postrados en lo alto de un cerro mirando el cielo y luego bajan paso a paso por la ladera mirándolo todo como si por primera vez lo vieran. Muchas veces creemos que conocemos el Evangelio. Pero no es así. Todo el mundo habla de los *Reyes Magos* pero en el Evangelio sólo se habla de Magos, sin hacerlos monarcas; muchos explican cómo Pablo se *cayó de un caballo*, pero él sólo habla de haberse caído al suelo. Los museos religiosos están llenos de últimas cenas con comensales *sentados en sillas*, pero la costumbre judía era comer en mesas bajas apoyado en el suelo. Y así en otros casos...

Tras la historia, se compone y construye la escena. Si no hay composición de lugar, la imaginación volará en el vacío. Solemos creer que somos nosotros quien reconstruimos la escena, pero ya es Dios quien dirige la cámara de vídeo hacia donde Él considera que debemos mirar más. Después tocará poner a funcionar mis cinco sentidos: ver, oír, tocar, hasta gustar y oler, si se me concede. La contemplación es una forma pasiva de orar, desinteresada. Soy introducido en la escena "como si presente me hallare" (EE 114), sin ser yo el protagonista de la misma, sino "como humilde esclavito" (EE 114). Y será un dato muy importante el ver dónde estaba situado en la escena. Tal vez ausente.

tal vez en un lugar inesperado, tal vez haciendo algo "impropio". Aquí se me muestra algo de la lógica de lo que Dios me quiere decir.

Sólo en el último momento tocará "*reflectir para sacar algún provecho*", o "*discurrir por donde se ofresciere*". El "*reflectir*" ni significaba en la época de Ignacio ni se debe traducir ahora por "reflexionar". Ni siquiera se trata simplemente de mirar, sino más bien dejarme mirar por la escena. Es dejar que lo contemplado me mire y me diga algo nuevo sobre mi propia vida. Debo estar atento para ver qué rayo me refracta, me rebota. Me invitará a estar de un modo nuevo en la escena de la contemplación... y en la escena de la vida. Es la imagen la que me habla a mí; no soy yo el que construyo un discurso sobre la imagen.

Reflectir sería sentir qué luz refleja sobre mi vida la escena que contemplo. Sin duda, en mi oración vendrá esa luz, yo sólo debo dejarme tocar por ella. Ayudará proceder como en la espiritualidad oriental de los iconos. Ante los que los orientales gustan de orar. Pero no se trata (como solemos hacer los occidentales cuando los queremos imitar) de mirar al icono, sino de dejar que el icono me mire. Así es exhibido el icono en las procesiones: va de espaldas, mirando a los que van en la procesión, detrás de él. El mira a quienes lo veneran. Santa Teresa a la que preguntaban sus hermanas de qué hablaba cuando pasaba largas horas de oración ante el sagrario respondió un día: "*Nada, Él me mira y yo le miro*". No se trata de intervenir manejando la imagen o interpretándola desde mí, sino de poner "mis manos atrás" y dejar que la imagen me hable, me "refleje". Yo no soy emisor de las mociones sino receptor de ellas. Aunque poco a poco me voy metiendo en la escena como en el icono de las Trinidad de Rublev en el que hay un escalón abierto en la perspectiva para que el observador se ubique: es el mío.

Así entendida, la contemplación produce un curioso efecto: el contemplador va siendo transformado por lo que contempla. Pablo lo afirma con lucidez: "*Todos nosotros que con el rostro descubierto contemplamos como en un espejo la gloria del Señor, nos vamos transformando en esa misma imagen, cada vez más gloriosos conforme a la acción del Señor que es el Espíritu*". (2 Cor 3,18). Desde ella misma, la contemplación nos lanza a la comunicación gozosa de lo vivido: "*Contemplata aliis tradere*" que solía repetir Domingo de

Guzmán. Quien contempla se siente conducido hacia un modo de orar, —pero sobre todo, de vivir—, en el que perdiendo protagonismo nos dejamos llevar por el viento renovador del Espíritu más que por nuestros propios propósitos o deseos.

Si la meditación nos fundamenta en nuestra fe, la contemplación la purifica: corrige los peligros de una fe demasiado ideologizada, intelectualista o desencarnada. Si la meditación nos puede elevar hasta el ensueño de las ideas, en la contemplación aprendemos a partir de lo real, a aceptar nuestro mundo con sus luces y sombras, sus límites y posibilidades.

Contemplar es aceptar este mundo con sus límites y a nosotros mismos insertos en él, asumir esta historia como el campo de la gracia sin querer evadirnos al pasado deseado en la nostalgia o al futuro ensoñado. La meditación nos ayuda a rastrear las sendas de la verdad; la contemplación nos invita a permanecer en ella; la meditación ilumina las rutas que hemos de recorrer; la contemplación nos dinamiza para poderlas transitar con ilusión.

El discreto candor de la contemplación nos rejuvenece una y mil veces pues nos remite siempre al deseo de conocer, amar y seguir a Jesús hoy como horizonte central de nuestra vida, más allá de las mediaciones con las que solemos vivir el compromiso de la fe. El valor de la contemplación reside en su capacidad de rejuvenecer a quien desea afrontar retos propios de una “nueva era” porque nos limpias de prejuicios con los que abordar la realidad: simplemente nos enfrenta con la desnudez del encuentro con Jesucristo como horizonte último de nuestro seguimiento. Para poder ver con una mirada nueva este mundo, nada mejor que fomentar una actitud perceptiva y descodificada de la realidad y eso es justamente lo que la contemplación ayuda a desarrollar en el orante.

6. Discernir para decidir

Al menos desde los días de los Padres del desierto, la oración cristiana aprendió que debía crecer en un territorio combatido por tentaciones, pasiones e ilusiones. *“Razones aparentes, sutilezas y asiduas falacias”* que dice Ignacio (EE 329). Por eso en la oración, como en la vida, es necesario discernir.

Discernir es separar, dividir, haciendo a un lado las invitaciones que no son de Dios de aquellas en las que Él mismo se nos comunica. Discernir no por pura curiosidad biográfica, sino para optar. Por eso orar es también conocer y tomar las decisiones adecuadas sin dejarse engañar y evitando caer en rutinas en nuestra existencia. El criterio último de toda elección habrá de ser la presencia de Dios decantada, —en los procesos personales como en los sociales—, por una paz duradera y estable. Para alcanzar esta paz será necesario recorrer el largo camino de los pros y los contras (trabajo de la inteligencia), hasta el análisis de los sentimientos que las diversas opciones en debate producen en nosotros (tarea del corazón). Un camino que más que una técnica automática, es todo un arte de espera hasta la confirmación definitiva. El epílogo lo pondrá un necesario cotejo ante alguna instancia eclesial exterior a mí que me evitará sucumbir ante los espejismos de las aparentes razones o sentimientos desordenados.

El seguimiento de Jesús conlleva elecciones y opciones: unas más definitivas y estables, otras, más coyunturales y diarias. Todo el arte del discernimiento supone poner en juego dialécticamente pasividad y actividad en la vida del Espíritu. La pasividad me ha de llevar a reconocer las invitaciones que Dios me quiera mostrar en la historia que me rodea; es una nueva sensibilidad “ojos nuevos para ver y oídos para oír” (Lc 8,8). La actividad me pone en movimiento constante hacia la desinstalación nómada, a la búsqueda permanente de la voluntad de Dios. Orar exige la valentía de dejarse encontrar por Dios y por la realidad desde la que nos habla.

Una vida orante sin discernimiento no cambiará la historia. Sin discernimiento ni las personas ni las instituciones tendrán capacidad de recrearse y responder a los retos que la nueva modernidad piden de nosotros. Beberemos y repartiremos vino viejo en odres ancestrales. La gran pregunta a discernir en nuestro tiempo versa sobre nuestra capacidad de creatividad. Crear relaciones nuevas, testimonios creíbles, mensajes novedosos, instituciones que vehiculen un mensaje original, comunidades que sean capaces de expresar la novedad de la fe. Hoy más que nunca creer es crear.

Para responder a estos retos será necesario poner oídos atentos al sonido del viento del Espíritu. ¿Qué nos dice personal e institucionalmente el Señor en este tiempo?. ¿Hacia qué nuevas orillas, mar adentro, somos invitados apostólicamente a pescar (Lc 5,4)?

Concluamos

Saint Exupery ha escrito en *El Principito* que el desierto es hermoso. Su belleza reside en que en algún lugar de él se oculta un pozo de agua. La belleza del desierto es invisible y no se ve bien sino con los ojos del corazón. Algo así se puede decir de la oración cristiana. La presencia de Dios nos inunda en el misterio; de ahí esa curiosa atracción que nos mueve hacia su intimidad. Caminamos hacia ella con el presagio de que más allá del estrépito de lo postmodernidad es posible escuchar un rumor del ángeles. Este presagio hace de esta aventura una auténtica pasión por el encuentro que el orante verifica en su caminar.

Más allá de lo que podemos hacer y cambiar en esta vida, más allá de lo que en realidad cada uno de los humanos somos o deseemos ser, pero en medio de los retos que esta historia nos depara, el deseo del encuentro con Dios ronda siempre nuestras vidas y nos invita a sumergirnos hasta la cercanía del misterio que se hizo Palabra. Hoy, en medio de la velocidad de nuestra civilización postmoderna, rodeados de la tecnología urbana y de la miseria suburbana, hoy también es posible orar... En medio de la complejidad de una nueva era, la invitación es a vivir no solamente una vida *por* Cristo, sino *con* Cristo.

Juan de la Cruz lo repite al hablar de la purificación del alma en la *Noche oscura*: la purificación más importante del orante reside en la *purificación pasiva*, es decir, todo aquello que Dios mismo hace en nosotros para que podamos acceder confiados hasta su presencia. Y es que lo que nos anima en el camino hacia Dios más que nuestros propios esfuerzos voluntaristas o el uso de determinadas técnicas consagradas es Dios mismo que se ha hecho cercanía aún en medio de las noches oscuras culturales en las que nos toca vivir. La certeza más profunda de la fe es que el Espíritu de Jesús mismo que escruta nuestros corazones ora en nosotros profiriendo gemidos inenarrables. ¿Cómo acallar la fuerza de ese rumor que se ha convertido en clamor inefable?...